



Foto ecléctica de una venganza elíptica

Lorena Fraile



FOTO ECLÉCTICA DE UNA VENGANZA ELÍPTICA

Aun sabiendo, como indudablemente sabía - o debería saber -, cuánto me molestaba esa costumbre suya tan (en mi opinión) denostable, había pasado toda la mañana comiendo caracoles en el jardín y depositando los caparazones vacíos en un agujero que previamente había practicado en el césped valiéndose de una "cuchara vieja" porque, gracias a su peculiar ¿estructura pensante?, denominaba "viejo" a cuanto objeto de los que componían el ajuar doméstico no hubiera visto desembalar, allí, delante mismo de sus propios ojos, y es trenar en su presencia.

-Cosas tuyas.

¡Caracoles!

Allí, sin respeto alguno al hecho de que en el jar dín estaban las tumbas y yo no quería que se las profanara. Si bien con toda corrección, vaya eso por delante, haciendo uso de ese pequeño adminículo tan parecido a un rizador de pes tañas y cuyo nombre ignoro y de ese minúsculo tenedorcito de nada más dos dientes con que se los extrae y que a mí siempre me produce un leve repelús porque no puedo evitar que me re cuerde cuando, de niños, los pegábamos debajo de la mesa y "¿quién ha sido el muy cochino?" sin que nadie dijera "yo".

¿Elipsis?

-Es natural.

Que nadie lo dijera y que fuese tachado de "cochi nada" aunque no tal vez que el pequeño bidente - alzando aquí la vista para mirar con el ceño fruncido y corregir, con ira, "bidente pequeño" porque le resultaba cargante el esnobismo de acogedora salita, amplia extensión, entornadas ventanas que te confunde haciéndote suponer que el tal cuarto de estar se halla provisto de mesa camilla y lamparita en vez de ates tado de un sinfín de trastos inservibles y que un inmenso ver tedero desolado es una pradera do dos pastores dulcemente se lamentan y que los cristales, menos limpios quizá de la idea que persiguen, han sido adornados por mano primorosa con corti nas de encaje y "me da un poco de morcilla tanto halo", con acritud, para desengrasar - le trajera a la memoria aquellas mesas alargadas de madera pintada de verde y la plastilina y Boabdil el Chico que, sí, perdería Granada y lo siente por él, pero sus lágrimas de mujer la llevaron mire usted por dónde

-Evoca.



-Demasiado poético el desolado vertedero.

mirando hacia atrás a sus ojos perdidos entre los árboles del patio y sus oídos atentos a vete a saber qué pero nunca, seguro, a las palabras de doña Licinia que lo terminaba de decir y, por sorpresa "¿a quién le dijo su madre que lo que no había sabido defender como hombre?" retadora tras sus gafas de concha y delante de sus manos cruzadas a la espalda - ella, y doña Licinia también, pero en actitud tan diferente - y desde lo alto de su moño gris y el cuello de su blusa, también gris, y su traje chaqueta negro y sus medias y sus zapatos correctos pero en absoluto frívolos en los que se recogiera asustada - ella - para, rápidamente, emerger sorprendida y triunfal y alborozada y ascender a los ojos escrutadores y que Boabdil, y que llorase, aunque entre nubes, como mujer, y, únicamente, porque habían sido las últimas palabras y, sin poder saber por qué motivo, se lo dijo su madre, se habían quedado en la superficie y las había podido rescatar tan limpiamente

tan limpiamente al primer puesto de la fila por primera y jamás repetida vez en la vida y sería cínico el negar la inmensa alegría y no pavonearse de la medalla "mira, mamá" y que, al llegar a casa, "la primera, papá" y que la señorita había dicho que muy bien y que muy atenta y "las otras niñas me miraron". Envidiosas.

Pero la exculpación le viene de que, pese a los pesares, no comete esas pequeñas atrocidades por maldad sino por mero desconocimiento de nuestra idiosincrasia y nuestros hábitos que cuando se presenta la ocasión que da en calificar de "idónea" trata sin cortedad ni pereza de copiar y sucede como aquella vez en el teatro en que, por poner de manifiesto lo mucho que le había gustado la representación, sacó uno de los pies de su zapato y propinó unos caponcitos con el talón en la calva del señor que tenía sentado delante y, cuando llamé su atención, replicó "para nosotros ese no es un gesto reprobable y sí vuestra bárbara costumbre de aplaudir" y que entre los suyos nuestro batir de palmas es una imperdonable obscenidad.

-Peculiaridades.

-Sin duda.

-Pero si nos ponemos en esas tesituras tolerantes cada cual tiene las suyas y es comprensible que ella estuviera saturada del tema.

Lo que no obstante no salió fue ni una lágrima, de sus ojos, pese a ser ella sí mujer. Y mujer ultrajada, al pa



recer; pero había transcurrido tiempo suficiente para poner tierra por medio entre el breve instante de esplendor - la fila se disolvió en un santiamén y a los pocos segundos estaban todas en el recreo jugando al clavo o a las tabas o a la teja, en el patio de tierra, lugar que en modo alguno era su reino - y el ahora mismo del presente donde, lejos ya de Rosa Mari, aquella niña con tanta fantasía que decía que en la casa de la hiedra había fantasmas y sugestionada también ella terminaba por verlos, se había instalado envarada, rígida, firmemente resuelta a nunca más dejarse amedrentar por espejismos y a no dar crédito en este mundo - ni en el otro, si lo hubiere -, escéptica, más que a lo que a ojos vistas se lo hubiera ganado por sus propios medios y no a costa de su ingenuidad, de aquella condenada inocencia y, por eso, cuando él dijo que tenía que hablarle

-Tengo que hablarte - dijo

ella lo miró con sus ojos muy abiertos y ¿hablarme de qué?

-Que hablarle de qué - ella

y él dijo el caso es que

-Y que lo lamentaba

y no encuentro palabras. Y, ella:

-¿Has buscado bien? - picada, molesta, que a ella no va a venir a protestarle nadie no encuentro no sé qué una ama de casa irreprochable y ordenada

y él pues claro mujer y que cómo acertaría a explicarle y ella pues no sé y:

-¿Y en el cajón de la mesilla miraste?

y que en los del armario y en los de la coqueta y no será importante ya las encontrarás, ya acertarás descuida y él dijo sí lo es y ella cariño, no, no puede serlo porque lo importante no las necesitó jamás.

¿Elipsis?

Y se alejó pensativo, cabizbajo, y se encerró y discurrió y caviló y, cuando salió de nuevo, declaró con resolución te he engañado y, ella:

-¿Seguro? - siguiendo la corriente con sarcasmo juquetón ahora que de qué ni de cuándo ibas a dármela tú a mí no te conoceré después de tanto

y él dijo sí, dos veces, y ella dijo boberías tesoro y que se calmara estás muy nervioso obsesionado con las necias palabras déjalas las encontrarás cuando menos lo esperes y él dijo con tu amiga y ella y dale, tonto que estás hoy amor mío y qué mosca te ha picado y él insistió



-Con tu amiga.

-¿Con mi amiga?

-Sí, con tu amiga Petunia.

-¿Ves como estás nervioso?

Le hizo notar - sin ira, sin ni tan sólo alzar la vista de los deberes del niño que "ahora vuelvo" había dicho porque le resultaba aburrida y tediosa la sintaxis y hallaba mil excusas

aburrido y tedioso el esnobismo tan en boga anticuada mas siempre viva entre los hombres de creerse que un simple - por más que fuera muy completo y consumado - contacto físico los investía de la capacidad de herir dignidades y convertir en víctimas a esposas abnegadas que se rendían sin lucha a los encantos morbosamente seductores de estúpidos arquetipos de sentimientos de deslealtad y de humillaciones y, por eso, dijo que no y que nunca y cómo lo siento, cariño, pero Petunia no ha sido jamás amiga mía.

-¿Nunca?

-Por supuesto que no.

Y que a quién se le ocurre, Petunia amiga mía una criatura tan y anda sigue buscando y si ni en el armario ni en la coqueta ni en la mesilla busca en el secreter aunque sea que tal vez anduviera con prisas pero no me vuelvas a hablar del asunto hasta que no dispongas de las palabras exactas y él se encerró de nuevo y volvió a discurrir y otra vez salió y cuando estuvo enfrente de ella declaró ya las tengo

-¿Seguro?

-Sí, ahora sí.

-No se yo si me fío.

Y él por qué tendrás que dudar siempre de mí y ella es que cariño, eres tan irreflexivo, tan atolondrado, te equivocas tanto, eres tan poquito observador pero, anda, habla, te escucho y él te he sido infiel.

-¿Infiel?

-Infiel, sí, dos veces.

Y ella no mezclemos las cosas, antes te he engañado y ahora que me has sido infiel cuando sabes de sobra que me pone terriblemente desquiciada esa costumbre tuya

-Tan, en su opinión, denostable

de saltar de unos temas a otros sin respeto alguno al hecho de que yo soy una mujer de orden y de criterios para bien o para mal muy convencionales que se dispersa y se diluye en ese todo tuyo de globalidades abstractas en que se denomina de



cualquier manera a cualquier cosa con tal de no dejarla sin calificar y eso no es serio, amor, no se puede ir por la vida así, doblando la cerviz mansamente y sometién^{do}se sin presen^{ta}r batalla a la tiranía de tener que tomar por absolutos tér^{mi}nos tan relativos como "infidelidad" o como "engaño" cuando, para identificar hasta al más baladí de cualesquiera otros de los componentes que conforman este mundo nuestro tan sofisti^{ca}do, se dispone, no obstante y pese a su del todo obvia^{ble} imprescindibilidad, de todo un arsenal de voces precisas e in^{equivocas} y, si no, discúteme, si puedes, que no te pusiste hecho un verdadero basilisco el día que, comprando el ordena^{do}r del niño, me tildaste de burra por no saber distinguir un bit de un byte y que iba un "abismo, ¡joder!" vociferaste y, bien, mi amor, yo no soy rencorosa pero donde las dan las to^{man}

-Y que volviera a empezar

y conste que no lo hago por venganza - dijo, murmurando para sí mañana caracoles jardín estructura pensante - es solamen^{te} amor que es tarde ya y estoy cansada, he tenido un mal día de esos que a veces nos depara el azar a las amas de casa y estoy ya sinceramente loca por apagar mis luces de aquí den^{tro} - entre sus cejas - y meterme en la cama, lo entiendes, ¿verdad?; no por venganza pero sí un poquito irritada porque ahora, por tu culpa amor, no podré conciliar un sueño repara^{do}r estando como estoy tan preocupada - exculpación idiosin^{crasia} hábitos -, atormentada, dudando de si me equivoqué queriéndote y he vivido, ahora sí, engañada todos estos años pensando y creyendo que me había casado con un hombre inteli^{gente} que sabía distinguir lo esencial de lo extrínseco, lo eterno de lo efímero, lo inalienable de lo sujeto a... ¡ya lo tengo!; mira, anda, cariño, hazme el favor de ir a buscar al niño y él que no sabía si era el tema idóneo para ser tratado fuera del ámbito estrictamente conyugal involucrando, dijo, a nuestro hijo y quisiera que te lo pensaras mejor no vayamos por un arrebató momentáneo a destrozar nuestra familia y sólo ha sido, querida, un desliz nunca estuve interesado en tu ami^{ga} Petunia más allá de pero ella insistió en que venga el niño tan cansada que estoy ¿voy a tener que ir yo misma por él?

Y el niño vino y

-mira, tesoro, el sujeto agente va en elipsis, no importa en realidad quién es ni tampoco quizá mucho lo que hace; sólo realiza una acción que va a dar forma a lo que es el objeto de tu trabajo de hoy y que consiste únicamente en



analizar, ¿no es verdad?

y pues que analizase y no se complicara ni la complicase más:
elipsis sujeto agente come verbo caracoles complemento direct
to en el jardín complemento circunstancial de lugar

-Y que si ahora había quedado todo claro y sí mamá
buenas noche papá y besos en la frente y tú
y tú, amor mío, aunque por hoy vamos a dejar el tema tan cans
sada que estoy y que, además, no me quiero enfadar pero que
sea la última vez mi vida que me vienes mareando con tus peq
ueñas miserias que quien más quien menos ha de arrastrar las
suyas pero lo que no puedo soportar es que tú, niña de mis
ojos luz de mi vida, el hombre inteligente y de mente preclar
ra de quien me enamoré, me venga decepcionando a estas alturas
y haciéndose y perdona que sea un poquito soez con la (elipsis)
un lío diciendo no sé qué simplezas de (elipsis) con Petunias
cuando en ninguna de las cosas importantes y verdaderamente
trascendentes de la vida ha habido jamás - y discútemelo si
no, si puedes, dijo - falta de entendimiento ni incompatibilid
dades no salvables

-y ni en momento alguno ingratitud ni vileza ni fals
sía ninguna; y que habiéndose entendido siempre tan de maravil
lla, caramba

-y que parecía mentira, (elipsis)

-y que traicionada, ahora sí, a la vista de la const
atación dolorosísima de haber vivido engañada todos estos
años pensando y creyendo que se había casado con un hombre int
teligente

-fuera de lo común

-un hombre auténtico

-para que viniera a estas alturas haciendo añicos
y destrozando y pisoteando la confianza que siempre tuvo en
él tomándola por tonta y suponiendo, dijo, que voy a sentir
mancillados mi honor y mis sentimientos más profundos por una
tonta (elipsis).

No, amor, no seas ingrato, que me hieres.

-Mas...

-pero...

-sin embargo...

...como no quiere enfadarse, que hoy está muy cans
sada

-le dice vas a empezar de nuevo

-voy a darte una oportunidad de recuperar mi maltrech
cha confianza y mi respeto.



-Y que volviera a empezar.

Pero no amor otra vez a contarme lo mismo; no otra vez tus confesiones pueriles. Esta vez quiero, amor, y te lo exijo, que me sorprendas con un destello de tu agudeza y de tu ingenio dándome una prueba, una prueba irrefutable e inequívoca, de que has comprendido a la perfección y sin fisuras qué es una auténtica traición imperdonable.

-Y vamos a dormir

-que ha sido un día muy largo

-muy tenso

-muy difícil

-de muchas emociones.

Y menos mal que el niño - celebró, amodorrada - han querido los hados que no se diera cuenta, no hasta mañana que estará despejada y tendrá más recursos con su estructura pensante renovada, de que ella se había hecho la loca eludiendo el tema del teatro y el enojoso asunto - es natural - del señor de la calva.

-Y que ya encontraría la solución...

¿Elipsis?

---cuando menos lo esperara.

*